

# Poemas de *Igor Barreto*

## Las golondrinas

---

Cuando la esfera terrestre se entinta  
con la turba más negra del espacio  
vuelan las golondrinas  
en torno a los altos reflectores  
de la gasolinera.  
A esta hora se van aquellos  
del último turno  
pero las golondrinas prosiguen  
sus acrobacias  
rebanando el aire  
o en barrena  
se lanzan por una buchada  
de mariposas nocturnas,  
o saltamontes deslumbrados  
en una brusca detención  
ante el descubrimiento de la luz.  
Es un banquete nupcial que dura  
trescientos sesenta y cinco días,  
incluso  
aquellos sábados  
en que los habitantes del *ghetto* de Ojo de Agua  
se van al mar y retornan ebrios  
en destartaladas camionetas  
que aparcen para contemplar aquel zigzag  
de alas arqueadas  
y una cabeza de ave

como la punta de una flecha,  
y aseguran que el mirarlas fijamente  
previene la posible ceguera  
y otros creen que es Dios  
que nos mantiene así  
alelados  
para ejercer su dominio.  
Pero además  
quisiera decir que mientras esto ocurre  
en la ciudad hay personas  
que desaparecen de forma inexplicable:

El Sr. Guido de Jesús, de 67 años de edad, para el momento de su extravío vestía un pantalón verdoso y una camisa blanca de manga larga, zapatos y gorra negra. En caso de ser visto, cuánto agradecería llamarme al siguiente teléfono: 0424 269 36 46. O a Luis Rafael Reyes que también está perdido, por favor notifiquen a estos números si le llegasen a ver: 0412 206 36 80. O a José Natividad Botini que tiene 90 años, y es de contextura delgada y viste un pantalón gris, camisa vino tinto y gorra gris, favor informar al 0212 662 23 372. Y a Silys Coromoto Vargas que se extravió hace tanto tiempo y no tenemos ni siquiera un teléfono para que nos avisen, ni foto de ella. ¿Qué haremos?

Hay muchos que quisieran enjaular, detener  
aquel ir y venir de las golondrinas.  
El azul-sólido de su plumaje.  
Mientras otros son arrojados a la cesantía,  
y mueren los gatos  
y sus siete vidas.  
Pero las golondrinas continúan  
y en el aire duermen sin respiro, ni causa.

### Buscando el poema de la vejez

---

Recuerdo el olor de los ancianos  
más que todo su olor.  
De un poema chino de la dinastía T'ang  
se dice que prevalecen  
dos características:  
*La detención brusca y la fragancia.*  
La *detención brusca* les ocurrió a ellos también,  
y la *fragancia*  
que trasciende al sabor y al cuerpo:  
la sintieron cuando llegó  
la ambulancia del hospital  
y la muerte les enseñó las prácticas  
más nobles de la holganza.  
Aunque su rostro haya desaparecido,  
el olor de sus manos  
impregnó un libro que guardo  
en un sobre de plástico  
con cierre mágico.  
Recuerdo el olor de los ancianos,  
sobre todo su olor  
como si fuese un simple eslabón de cobre  
en una cadena de oro.

Igual que un poema chino  
de la dinastía T'ang  
ellos padecieron la *detención brusca*  
pero quedó la *fragancia*  
o su fragancia,  
que se sobrepone al sabor y al cuerpo:  
al cuarto cerrado,  
a la sábana entornada,  
a la escritura  
de su carácter  
que fue narrando  
en los pliegues del rostro  
tantas frases.  
Y aquel libro en el sobre de plástico  
que yo guardo.

PD: A propósito, un hospital está construido bajo un principio de uso. La belleza no es el aspecto que más se desea. Los pasillos y corredores se diseñaron para el tránsito de personas de variada definición: enfermeros y médicos, pacientes y familiares. También el numeroso personal de mantenimiento. Ellos son como trenes que se cruzan con persistencia.

### La caja y la pregunta sobre la pobreza

---

En una vereda del *ghetto* de Ojo de Agua  
apareció una caja de madera:  
seis tapas herméticamente calzadas,  
engomados los filos de cada extremo  
hasta quedar lisos  
como bordes laqueados por un ebanista.  
Ni tan siquiera un clavo.  
Las vetas en la madera  
iban de izquierda a derecha reforzando cada juntura,  
potenciando su posible oscuridad interna.  
Era un objeto orgánico  
y mecánico a la vez, pero también sólido y muerto.  
Lo cierto es que la caja estaba justamente  
en el centro de esa vereda para que alguien la encontrara  
y así fue:  
la llevaron a la calle principal del *ghetto*  
donde todos los habitantes  
se reunieron.  
Un alguien dijo que en su interior estaba la definición de la pobreza:  
la sensación pastosa de los días,  
la sombra que trepa con su hábito apocando las casas.  
Los rostros presentes  
se tornaron redondos: la boca, los ojos.  
Algunos metieron sus manos en los bolsillos  
o se agarraron los antebrazos sujetándolos con fuerza.  
Lo cierto  
es que un ojo se acercó para ver  
la raíz de lo que era  
y la lengua rozó la superficie  
para indagar el sabor.  
Y la sacudieron por los aires  
buscando algún sonido que pudiera identificarlos.

Se hicieron tantas pesquisas  
y averiguaciones sobre aquella caja:  
Hasta que al fin  
fue arrebatada  
y la tiraron contra el suelo  
y le pegaron con una piedra buscando astillarla  
para sacarla de sus bordes.  
Pero la caja  
permanecía sólida, muda, encerrada.  
La caja se parecía a sí misma.  
La limpiaron con un paño que ofreció un mecánico.  
El aceite y la grasa del trozo de tela  
al repulir la caja  
la dejó tal y como la encontraron.  
Qué objeto extrañamente perfecto.  
Se trataba de la misma pregunta que retornaba  
al inicio de las interrogaciones y los encuentros.

—¿Pero de qué hablan (...) que los llena de tanta cólera?

—¿Qué interés pueden tener en una pobreza  
que ya no les molesta?

—¿Quién ha dicho que el dolor y la desgracia se definen de alguna manera?

Poco después  
alguien tomó la caja entre sus manos  
y la arrojó  
al basurero del portal  
del *ghetto*.  
Allí  
permaneció oculta entre recipientes de jugos  
y bebidas gaseosas,  
y una bolsa de plástico  
cerrada con un nudo  
conteniendo el relato de un día:  
una toalla de papel higiénico, dos paquetes arrugados  
de cigarrillos, restos de cabellos,  
la cabeza de una gallina muerta  
y sus huesos.

Elementos humanamente apretujados.

Enterrada entre estos remanentes diarios  
permaneció la caja de madera perfecta:

Pero  
también...  
aquella pregunta.

### El asentamiento

---

La finalidad del vivir  
es el asentamiento:  
la arena se aplaca,  
el cieno se aplaca  
y la muerte nos alcanza en la planicie  
del asentamiento.  
Otra cosa ocurre  
cuando alguien fallece  
arrollado al cruzar la autopista  
y llega la furgoneta de la morgue.  
Esto, desgraciadamente, es una circunstancia.  
Pensemos  
en el hombre roto  
que se hace adulto en la cárcel,  
pasan los años en la inmediatez de lo verbal  
y su vida existe como una locución  
que se mueve  
con la agilidad de una psiquis perturbada.  
Porque: *Extraño es el que no conoce  
lo que en él acontece.*  
Una historia entre dientes,  
un agua estancada verde-gris  
en este valle de balas.

### El pequeño lápiz

---

I

La poesía enseña  
el amor por los lápices.  
El lápiz que apenas puedes  
sostener con la mano  
y escribe garabatos  
sobre la página blanca  
como indecisos caminos  
que suben una montaña.  
Cómo es posible que un lápiz  
vaya desde la altura  
de un objeto nuevo  
hasta convertirse en algo como un niño  
que dice cosas a medias.  
Por qué  
el tiempo  
invertiría el orden  
en la forma de este objeto.  
Acaso un lápiz no debería elevarse  
con el paso de los años  
y finalmente llegar a ser  
algo nuevo:  
una hermosa varilla pintada de amarillo  
y no un palito  
de pequeño zapato negro.  
He reunido mis antiguos lápices  
en una caja:  
pareciera que duermen  
o se abrazan  
en la misma ronda  
que ahora recuerdo.

II

Un lápiz ya desbastado  
por el uso  
puede compararse  
con la vida de un hombre.  
Sería  
eso que llamamos un “lapicito”.  
Su carne se acumula en los depósitos  
de mina y madera del sacapuntas.  
Esta es la vida de Gabriel,  
ahora,  
a los setenta años  
“Gabrielito”:  
pequeño lápiz despuntado, achatado o quebrado,  
lapicito.  
Cuántos renglones  
tendrías el valor de escribir  
si hoy permaneces en la gaveta de tu cuarto,  
en tu casa humilde  
que ya no tiene borrador  
y las paredes perdieron el fulgor de la pintura  
laqueada en amarillo.  
Qué será de ti,  
eso me pregunto. ■

---

*Igor Barreto* (Venezuela)

Nace en San Fernando de Apure el 26 de mayo de 1952. Estudios de teoría del arte (1973-1979) en la Universidad de Bucarest. Editor de la colección de traducciones de poesía Luna Nueva de la Universidad Metropolitana y profesor del Departamento de Talleres de la Escuela de Letras de la Universidad Central. Entre otros, ha publicado: *¿Y si el amor no llega?* (1982) poesía; *Soy el muchacho más hermoso de esta ciudad* (1986), premio Municipal de Literatura, mención poesía; *Crónicas llanas* (1989) poesía; *Tierranegra* (1993), premio Universidad Central de Venezuela, mención poesía, *Carama* (2001) poesía; *Lucian Blaga* (2001) traducción del rumano; *Cancionero de los niños de la calle*, investigación, recopilación y producción en disco compacto (1999); *El morrocoy* (2002), cuento para niños; *Soul of Apure* (2006); *El llano ciego* (2006), Ediciones Idea (Tenerife-España). Publica en el 2008 una selección de poemas con el título *Tierranegra* y en el año 2008 gana la beca Guggenheim. En 2010, Raffaelli Editore publica una antología suya traducida al italiano bajo el título *Terranera*. Colabora como articulista en los diarios *El Nacional* y *El Universal*, entre otros, en revistas literarias del país y en algunas publicaciones internacionales. En diciembre del año 2014 la editorial Pre-textos presentó su obra completa: *El campo / El ascensor*.